

Dos premios para Ida Vitale



Pablo Rocca

Universidad de la República

En los primeros días de mayo de 2015 sucedió algo raro. Ida Vitale (Montevideo, 1923) recibió dos premios internacionales de primerísimo nivel. En principio, se supo que le darían el Premio Internacional Alfonso Reyes, uno de los más importantes que se otorga en América Latina; luego, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, que en España otorgan el Ministerio de Cultura y la Universidad de Salamanca. Ida Vitale reside en Texas (EE.UU.) desde hace un cuarto de siglo; pasó una década de exilio en México (1974-1985) y, antes, medio siglo en Montevideo, donde publicó inconfundibles libros de poesía desde 1949, así como esporádicas y punzantes notas críticas.

Una primera versión de este artículo apareció en *La Diaria*, Montevideo, el 5 de mayo de 2015, cuando aún no se sabía del Premio Reina Sofía. En Uruguay, Ida Vitale había recibido un solitario reconocimiento: en 2010, en una peculiar ceremonia de doble homenaje (al físico Dr. Rodolfo Gambini y a ella misma), la Universidad de la República le otorgó el título de Doctora *Honoris Causa*. Aceptó el reconocimiento con fineza y su acostumbrado humor, como puede verse en su discurso publicado en el enlace de la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR). La *laudatio*, también publicada en ese sitio de internet, corresponde al autor de estas notas.

(Re)conocer

Tan preocupado por las raíces indígenas de México y la tradición hispánica como por la cultura clásica, la obra de Goethe o el cine desde sus primeras manifestaciones, Alfonso Reyes (1889-1959) era embajador de su país en Buenos Aires cuando, a mediados de 1929, se lo reclamó desde Montevideo. Acababa de cumplir cuarenta años y las fotos supérstites lo muestran con un aire “mayor”, de riguroso traje oscuro, avanzada calva, bigotito recortado con esmero, rostro (y seguro que cuerpo) regordete. Junto a Zorrilla de San Martín, se sentó en la mesa que presidía el homenaje a Juana de Ibarbourou, en una inolvidable ceremonia cursi que “desposó” a la poeta con América. Ida Vitale tenía cinco años. En una de esas, de la mano de sus mayores, formó parte de la multitud que asistió a la explanada del Palacio Legislativo a celebrar a quien había sabido construir un “lector solidario, compasivo [...] hacia el cual el poema se extiende como un círculo creciente”, como dijo en un famoso artículo de 1968 publicado por *Capítulo Oriental*. Imagino que pudo estar aunque no hubiera estado, tanto da. Como sea, nada podía saber de don Alfonso Reyes y ni el más

imaginativo hubiera apostado que una niña montevideana recibiría, la abultada cifra de casi ochenta años después, el Premio que iba a crearse en memoria del humanista más proteico que ha dado América Latina.

La obra de Ida Vitale está lejos de la superabundancia y su difusión última fuera de México y España ha sido tan deficitaria que, por ejemplo, en su país de origen apenas se han visto ejemplares del excepcional libro de poemas *Procura de lo imposible* (1998). Aunque un volumen de prosa poética titulado *Donde vuela el camaleón* tiene una primera tirada local (Vitale, 1996), y pese a que algunas críticas en la prensa han insistido en el caso, se porfía en catalogarla como exclusiva orfebre del verso cuando hay más prosas, como las de *Léxico de afinidades* (Vitale, 1994), *De plantas y animales* (Vitale, 2003) o *ELABC de Byoubu* (Vitale, 2004) y hasta un cuento para niños, *Un invierno equivocado* (Vitale, 1999).

Prosa, pero prosa poética, es cierto, porque en todas el hilo de lo poético se deja entrever tensando sutilmente el tejido de palabras, observando las cosas desde otro ángulo y en conexión con su experiencia del instante o, mejor, con un momento dado. Como puede ejemplificarse con “Mariposas”, que comienza de esta manera difícil de olvidar:

De niña, fui consciente por primera vez de su belleza ante un ejemplar amazónico que me regalaron protegido bajo vidrio. Su prodigioso color mezclaba distintos tonos de turquesa y de azul en la textura de la más delicada de las sedas chinas. Parecía escapado de los cuentos de hadas que me nutrían.

Otros libros, estos sí de versos –calculados, medidos, eufónicos siempre–, como *Jardines imaginarios* (1996), *Trema* (2005) o *Mella y criba* (2010) han sido aún menos visibles hasta para la escuálida secta lectora del género. Poesía no es, aquí, profesión y cada vez más ni siquiera presencia. No se repara (o se finge hacerlo) en el extraordinario caso de quien, con una calidad sorprendente y una continua capacidad de transformación, desde los setenta y tantos años de edad en adelante ha publicado en las mejores editoriales de lengua española más que hasta ese límite desde sus lejanos orígenes en la década del cuarenta. Con ácida penetración verbal, Ida Vitale finge en sus conversaciones –algunas que se han vuelto entrevistas– que no le “duele” el Uruguay, para decirlo con la gastada frase de Unamuno aplicada a su país. No es cierto. La delata el poema que cierra *Trema*:

Agradezco a mi patria sus errores
los cometidos, los que se ven venir,
ciegos, activos a su blanco de luto.
Agradezco el vendaval contrario,
el semiolvido, la espinosa frontera de argucias,
la falaz negación de gesto oculto.
Sí, gracias, muchas gracias
por haberme llevado a caminar
para que la cicuta haga su efecto
y ya no duela cuando muere
el metafísico animal de la ausencia.

Una de las cosas esenciales

Cuando la poesía gozaba por estas tierras de una atención mucho mayor, quizá no tanta como la que se puede imaginar, el semanario *Marcha* de Montevideo publicó una encuesta preparada por Ángel Rama que respondió una decena de creadores uruguayos. “¿Adónde va la poesía?”, se titulaba algo dramáticamente esa encuesta que

salió en el suplemento de fin de año de 1961. Una de las preguntas, muy marcada por los vientos de emancipación americana que soplaban fuertes en la época, interrogaba sobre si “la poesía debe integrarse responsablemente en el complejo social en el que está inserto el poeta, como aportación transformadora de esta sociedad. ¿Tal cometido impone normas nuevas a la tarea creadora?” Ida Vitale, que tenía en su haber solo tres escuetos libros del género, respondió que

la poesía puede integrarse o no en el “complejo social” sin “debe”, porque la poesía no es un “deber ser”, es decir un capítulo de la moral, sino un modo de conocimiento expresado en una función estética. [...] yo no le pido al músico que convenza a nadie de la necesidad de la reforma agraria o de la instrucción primaria obligatoria. Tampoco se lo pido a la poesía. El mundo cambia; las cosas esenciales cambian por suerte un poco menos [...] ¿Estaremos de acuerdo con que la poesía es una de esas cosas esenciales?

Esa obligatoriedad de pronunciarse en el discurso artístico sobre el mundo, que parece lejana como petición actual, era difícil de deslindar aun para quien –como ella, entonces– participaba de esas mismas ideas políticas que pugnaban por la transformación del mundo. Mantener la defensa de la autonomía estética de cualquier imposición cívica o de naturaleza semejante era una convicción, un acto de libertad. La idea vuelve en varias ocasiones, como en una reseña de 1963 también de *Marcha*, de la antología de poemas de Alfonsina Storni publicada por Losada en Buenos Aires: “Escribía con espontaneidad una poesía subjetiva, sin más restricciones que las hechas por motivos exclusivamente estéticos”. Porque antes que nada la poesía es palabra que hace al mundo o lo desmembra:

Expectantes palabras,
fabulosas en sí,
promesas de sentidos posibles,
airosas,
 aéreas,
 airadas,
 ariadnas.

Un breve error
las vuelve ornamentales.
Su indescriptible exactitud
nos borra.

“La palabra”, de *Oidor andante*, Montevideo, Arca, 1972.

Lo que equivale a decir, con Reyes, que “el poeta no debe confiarse demasiado en la poesía como estado del alma, y en cambio debe insistir mucho en la poesía como efecto de palabras” (1933). Eso ha buscado Ida Vitale siempre: en un primer momento más cerca de la tradición hispánica; en un segundo momento cruzando los puentes de varias lenguas y sistemas semióticos. A la indagación de las formas que se ampara en la cita oculta o en el intertexto que se deja en evidencia, impulsa la palabra que se resiste a ser un espejo del mundo, pero sin negarlo sino reinventándolo. Su poesía es una extraña labor de ingeniería verbal que sabe que sin música y con economía de recursos puede hacerse mucho, decir a veces más que “comunicar”.

En noviembre de 1993, en un artículo sobre su siempre admirado Gonzalo Rojas aparecido en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, concluirá que no hay “nada más difícil en la vida que lograr que la madurez no traicione las premisas sobre las que la juventud asienta sus voluntades”. En su discurso del Paraninfo de la Universidad de

la República en 2010, avisó que “la poesía es distinta en todas sus partes y básica para el espíritu, como la música”. Por eso nunca ocultó su admiración por Juan Ramón Jiménez –a quien conoció en 1949 y la estimuló en sus primeros tiempos–, por Julio Herrera y Reissig, por Octavio Paz –a quien se acercó en los años mexicanos–, por Luis Cernuda y por el menos consabido Enrique Casaravilla Lemos. De la poesía de este siempre postergado creador compatriota dijo, en 1983, “no es un juego del intelecto o de la sensibilidad sino una aventura absoluta que los compromete abrumadoramente”. Y que, con esa elección, su obra se pierde para el “común de los lectores, que busca en la poesía la anécdota, el dato biográfico”, ya que la suya “no es el resultado de una biografía sino de una técnica, espontánea y acertante o sabiamente consciente”. Notas, reseñas, ensayos de breve y mediana extensión publicados por Ida Vitale en Montevideo, en Buenos Aires, en México o en Milán (como el anterior) permanecen inéditos. Se trata de una buena noticia para cuando suene la hora del homenaje que más perdura, el de la obra que junta, que queda. Ese día, allá lejos (¿o aquí cerca?), llegará.

Música precisa

Una noche invernal de 2010 el Centro Cultural de España de Montevideo, bajo la dirección de la generosa Hortensia Campanella, invitó a Ida Vitale a leer sus poemas. Supongo que dudó, que se retrajo; sabemos que al fin aceptó. El público no era muy abundante, pero oía con unción. Cuando concluyó, alguien, emocionado, dijo que estaba pensando y lo había comentado a quien tenía a su lado que, ojalá, esa lectura hubiera continuado sin cesar. Con una sonrisa sarcástica y con voz clara y cómplice la poeta dijo que eso estaba muy mal, que todas las cosas tenían que terminar, que siempre había que tener cuidado con lo que se perpetúa. Un lustro después de esta sentencia antipáticamente dulce persiste la inteligencia al mismo tiempo fría y apasionada de esta mujer que cruzó los noventa años de edad, que sigue su escritura y sus viajes de un lado para el otro para participar en recitales o integrar jurados. Acumulando toda esta experiencia de vida, de lecturas, de ojos y oídos abiertos a las cosas y al arte se alimentan las mejores y exactas palabras (sin sobras ni rellenos), servidas con musicalidad y hondura. Como en “Círculo muy vicioso”, de *Mella y criba*, reflexión sobre la memoria y el olvido que nos habita, aunque se haya olvidado casi por completo. Con este poema basta:

A mí misma me ofrezco
aprender día a día en el mundo,
luego al mundo le ofrezco
día a día olvidarlo,
para ya no ser menos.

Porque el riesgo
de ser menos se corre
si no se olvida mucho
de lo algo aprendido
y además entendido
y tenazmente atroz.
Tras lo vertiginoso,
recordar el olvido
abre la calma.
Y basta.

Bibliografía

- » Rama, A. (1961). “¿Adónde va la poesía?”. En *Marcha*, nº 1090. Montevideo.
- » Reyes, A. (1989 [1933]). “Jacob o la idea de la poesía”, en *La experiencia literaria*. México, Fondo de Cultura Económica: 88-91.
- » México, Fondo de Cultura Económica.
- » Vitale, I. (1972). *Oidor andante*. Montevideo, Arca.
- » ——— (1993). “La poesía de Gonzalo Rojas”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, Nueva Época, Nº 275, noviembre: 46-47.
- » ——— (1994). *Léxico de afinidades*. México, Vuelta.
- » ——— (1996). *Donde vuela el camaleón*. Montevideo, Vintén.
- » ——— (1996). *Jardines imaginarios*. México, Ditoria.
- » ——— (1998). *Procura de lo imposible*. México, Fondo de Cultura Económica.
- » ——— (1999). *Un invierno equivocado*. México, CIDCLI.
- » ——— (2003). *De plantas y animales*. México, Paidós.
- » ——— (2004). *El ABC de Byoubu*. México, Ditoria.
- » ——— (2005). *Trema*. Valencia, Pre-textos.
- » ——— (2010). *Mella y criba*. Valencia, Pre-textos.

